



Nomeolvides crece

Nomeolvides Grows

■ Rafael Courtoisie

1

Nomeolvides era una niña de tres metros de estatura y diez años de edad. Tres metros y diez años, escucharon bien.

El día de su cumpleaños, a las diez en punto de la mañana, la madre de Nomeolvides la midió y comprobó que durante la noche su hija, dentro de la inmensa e insondable oscuridad del sueño, había crecido los dos centímetros que le faltaban para alcanzar la cifra redonda de tres metros, lo que constituía todo un record para una niñita de diez años de edad recién cumplidos.

—¡Ay! —gritó la madre. Y no era un grito de asombro, era de susto.

¿Se imaginan lo que es tener una hija de diez años y tres metros de largo? ¿Se imaginan los metros y metros de tela consumidos en las faldas, en las blusas, en las bufandas? ¿Se imaginan las bufandas larguísimas de Nomeolvides Pérez, tejidas con metros y metros de lana de quién sabe cuántas ovejas? ¿Se imaginan a la madre, a la tía, a la abuela de Nomeolvides tejiendo con sus agujas aquellas extensísimas bufandas de Nomeolvides?

Jirafa, le decían en la escuela.

—Ahí va la Jirafa —decían.

—Ahí viene la jirafa —se burlaban, mientras ella se acercaba, el cuello envuelto en una larguísima bufanda roja y lágrimas en los ojos.

—Ahí pasa la Jirafa —repetían, mientras Nomeolvides se enjugaba las altas gotitas de los dos ojos con la punta de la bufanda que quedaba lejisimos, allá abajo, casi en los pies.

Nomeolvides recogía la punta de la bufanda y la llevaba bien alto, allí, hasta las cumbres donde lloraban sus ojos a tres metros de altura.

El autor (Montevideo, 1958) perteneciente a la llamada "generación de la dictadura" de Uruguay. Entre sus poemarios, destacan *Textura* (Premio Internacional de poesía Plural 1991), *Estado sólido* (Premio Internacional Fundación Loewe-Visor 1995) y *Umbria*. En narrativa ha publicado *Vida de perro* (1997, finalista del Premio Internacional Rómulo Gallegos, Venezuela), *Tajos* (Lengua de Trapo, 1999) y *Caras extrañas* (Lengua de Trapo, 2001).

II

—¿Qué nombre le ponemos?

—Si es varón, Mauricio.

—Mauricio no me convence...

—Pero te digo que sí... Mauricio, como el abuelo, como papá.

—El otro abuelo, mi padre, se va a poner celoso...

—Entonces le ponemos Juan Mauricio.

—Mmmm... a ver: Juan Mauricio... Juan Mauricio... Es una buena solución, creo que sí. ¡Me gusta!

—¿Y si es nena?

—Si es nena le ponemos Nomeolvides, por supuesto. Por la mamá...

Los padres de Nomeolvides Pérez eligieron el nombre para la criatura que iba a nacer. Fue una noche de enero, de calor y tormenta bochornosa. Una noche rara para esa época, bizarra y sesgada, torcida, sinuosa, llena de relámpagos y truenos de toda especie. Relámpagos que parecían raíces. Truenos interminables. Relámpagos, penachos profundos, raíces de luz fresca recién arrancadas del cielo, truenos furibundos y densos, arteros, malos, como el que derrumbaría el campanario de la iglesia donde meses más tarde irían a bautizar a Nomeolvides Pérez, la niña que iba a nacer. Truenos que después de escucharse estallaban y yacían despedazados, inanes sobre el piso, casi invisibles, sin una gota ya del sonido que los había animado. Sin un grito.

La cama tenía un acolchado verde y rosado, muy ancho. El padre, antes de que los dos se tendieran, arrancó el acolchado de un tirón y lo dejó caer en el piso:

—Hace mucho calor para esto —dijo.

Perfectamente abrazados, locos de la vida, contentos, se confundían hasta convertirse en el mismo animal, en un solo animal de amor apretado.

En la parte de adentro del abrazo, dentro del ovillo formado por las cuatro piernas y los cuatro brazos entrelazados, dormía la futura niña, flotaba en el sueño suave y líquido de la bolsa de la panza de la mamá.

III

En el jardín de infantes, a los cinco años, Nomeolvides Pérez ya medía un metro ochenta. Antes de entrar en segundo medía uno noventa, y antes de salir de segundo había pasado los dos metros. En tercero pasó los dos metros sesenta. Y en cuarto alcanzó los tres, los tres metros justos.

—¿Qué come? ¿Fertilizante? —le preguntaban las maestras a la madre.

—¿La riega?

Los niños se burlaban, eran crueles. Le tiraban papelitos, le colgaban carteles en la espalda, carteles escritos con lápices de colores, carteles malos, dolorosos, carteles que decían:

**PEGUE AQUÍ
NO DUELE**

en medio de la espalda alta, como una cordillera, de Nomeolvides.

Era más alta que todos los de cuarto y los de quinto, más alta que todos los de sexto. Y más alta, todavía mucho más alta que los varones más altos de liceo. Y más alta que todos los maestros, y que los profesores, y más alta que el director y los porteros. Y más, mucho más alta que el Ministro de Educación.

—Escalera —le decían.

—¡Jirafa!

—Marciana —le decían—, —Montañita, Torre Eiffel.

—¿Usás tacos altos? —la mortificaba la pelirroja López, mala de alma, cada vez que la veía en el recreo.

—¡Quitáte los zancos! —la molestaba.

Nomeolvides Pérez no tenía zancos, ni zapatos de taco alto, ni nada que se le pareciera. Sólo tenía piernas largas, nada más, piernas que le crecían y le crecían, a razón de varios centímetros por semana, de varios tramos por día.

Nomeolvides llevaba unos zapatos enormes. Parecían canoas, piraguas, botes negros. Zapatos de cuero muy grueso y cordones reforzados, suela de goma, especiales.

—¡Qué se descalce! —bramaban los niños.

Le daba vergüenza. Ese día, justo ese día, precisamente ese dichoso y malhadado día, se había puesto las medias equivocadas. A veces sucede así. Los calcetines que no debió ponerse. Justo esos.

En el pie izquierdo de los calcetines grises que se había puesto casi dormida ese día, antes de ir a la escuela, a las siete y cuarto de la mañana, cuando la mamá la estaba llamando para que bajara ya mismo a tomar el desayuno, que se te enfría y llegás tarde, maldición me puse las medias apurada y agarré justo las que tienen un agujero, un agujero, un enorme agujero en el lado de arriba del pie izquierdo, un tremendo agujero, del tamaño de un cráter, parece hecho a propósito un agujero que debajo del zapato se disimula bien, debajo del zapato vaya y pase, no se ve, quién se va a fijar, pero si me saco el zapato, antes que el pie sale el agujero, asoma el agujero, el inmenso globo de piel resaltando en la tela gris, justo encima del dedo gordo, qué vergüenza.

—¡Obedece, niña! —repite la maestra.

—¡Los zapatos! —ordena la maestra en clase de Biología Experimental, la docente, la pedagoga especialista en alumnos con dificultades de aprendizaje.

—¡Los zapatos! —vocifera, grita casi la educadora doctorada en Michigan, adusta, con varios masters en psicología de la educación obtenidos en las más renombradas universidades estadounidenses.

—¡Los zapatos! —dice—, ¡Sácate los zapatos!

Nomeolvides se quita un zapato y después otro. Y allí, en el suelo, bajo ella parada, bajo sus tres metros, aparece la maldita media y su agujero. Y la vergüenza.

Los niños ríen. Gritan. Exclaman: —¡A la Jirafa se le rompió una media!

Por si quedaban dudas, todos miran la media, el agujero.

La directora rezonga: —Niña: ¿en tu casa no saben zurcir?

Nomeolvides se aguanta para no llorar. La maestra, en clase de Biología, le mira las piernas. La piel blanquísima de la Jirafa. Y le ordena quitarse las medias.

—Aquí, ¿ven? —señala la maestra con un puntero largo, extensible, de aluminio retráctil y nuevo, brillante. El puntero tiene una bolita roja en el extremo, y un mango imitación cuero en el otro, para sostenerlo mejor. Estirado por completo parece la antena de un cangrejo o de un marciano.

— Aquí, ¿ven?, está el metatarso —y señala el pie izquierdo de Nomeolvides— y este otro hueso del talón, aquí abajo, es el calcagno, el hueso calcagno. Y aquí, en este otro lado, se encuentra el astrágalo...

—¿El astra...qué? grita Simón Díaz, alumno de un metro veinte y pecas.

—El as-trá-ga-lo— silabea la maestra. Y escribe enseguida en el pizarrón:

ASTRÁGALO

Los niños y las niñas copian. Simón Díaz hace un dibujo del pie de la modelo. El dibujo le sale bien. Se entusiasma y sigue. Dibuja las dos piernas, el cuerpo dentro de la falda, la blusa, los hombros, los brazos, antebrazos y las manos larguísimas. Le impresionan los dedos, tan elegantes, y la cabeza. Y el pelo. Y los labios.

Simón Díaz, de diez años, con su metro veinte, está perdidamente enamorado de Nomeolvides Pérez, alumna de la misma edad pero más alta, bastante más alta. A ver... un metro ochenta de diferencia exactamente. Pero para el amor no hay barreras, piensa Simón Díaz mientras contempla la piel muy blanca de los pies desnudos de Nomeolvides. La amo, se dice en secreto, como una bestia dulce, lenta. La amo. Siento que me sube algo, medita Simón Díaz, algo hirviendo, pero no es agua ni aceite, piensa Simón Díaz, ni chocolate caliente, es líquido, sí, pero diferente, me sube y lo siento, sube desde las piernas, hasta el centro de mí desde la médula de los huesos... desde el comienzo.

¿Será el astrágalo?

La maestra en la clase de Biología Experimental dibuja los huesos del pie en el pizarrón.

—¡Qué miedo!—, da un gritito Virginia Woolf, pensando en la figura de un esqueleto.

Carolina Inchausti copia el dibujo de los huesos, despacio, con esmero. Pero le sale mal. Rompe la hoja.

Lo vuelve a dibujar. Ahora sí, está saliendo mejor. Pero se le quiebra la punta del lápiz justo en ese huesito.

Rompe la hoja. Saca otra. Dibuja. La rompe. Saca otra. Dibuja. La rompe.

—¿Por qué no borras? — pregunta Raúl Miranda, y queda con la boca abierta.

—Porque no tengo ganas —contesta Virginia Woolf. —¿Y a vos qué te importa si no borro?

Raúl Miranda, mientras Virginia saca otra hoja y comienza a dibujar desde cero, sigue el movimiento del lápiz con la boca abierta, babea.

Raúl Miranda, a quien le gusta con locura la nariz y las pequitas de Virginia Woolf, y su manera de ser y sus uñas, sufre una obstrucción nasal. Sinusitis aguda. Por eso no puede cerrar la boca y con la boca abierta parece un bobo, un estúpido, le faltan dos dientes de adelante y tiene las orejas tan grandes y apantalladas que parece un ratón, comentó Virginia Woolf a Serena, su amiga del alma, a mí me gusta Ricardo, Ricardo Edwards, ¡es tan caballero!, suspira y se confiesa Virginia en la oreja de su amiga Serena. Mientras, Raúl Miranda permanece con la boca abierta. No la puede cerrar porque se ahoga.

—Respiro mal —le explicó a la directora, y le entregó el certificado médico.

Pero volvamos a Nomeolvides. Nomeolvides Pérez está descalza en el centro del salón. Todos dibujan en sus cuadernos los huesos de los pies. Todos, menos ella. Nomeolvides no dibuja, llora por dentro sin que se le escape una lágrima, ni una siquiera. Sufre y calla. Sufre y da gritos, alaridos, gritos vacíos, sin sonido, sin voz, sólo con pena. Gritos mudos y ciegos. Nomeolvides aprieta los labios y aguanta, loca de rabia por ser tan alta y buena.

IV

—¿Qué va a hacer en la vida? —gritó de pronto la mamá en medio de la noche, la víspera del décimo cumpleaños. —¿Me querés decir? ¿Qué hará?

El padre se movió.

—Una niña tan alta —continuó la madre— tan dulce, tan sana y sentimental, tan sensible y fina. ¿Qué hará?

El padre abrió los ojos.

—Mide tres metros. Mañana cumple diez años. Tres metros. Diez años. ¿Hasta cuando va a seguir así?

El padre se despezó.

—Se va a quedar sola, sola en la vida. ¿Quién la va a querer? ¿Qué hombre se enamoraría de ella? ¿Un basquetbolista? ¿Gulliver? ¿Qué hombre estaría dispuesto tan solo a acercarse a ella, a besarla?

Tiene diez años. Es sana, robusta. Ni siquiera lo puedo pensar.

La madre suspiró. El padre movió una mano.

—Hoy, con la abuela, —cuenta la madre— horneamos la torta de cumpleaños.

El padre estiró los dedos en la oscuridad.

—Y después, cuando puse las diez velitas en la torta, todas iguales, con bases de rosa tenue y letras en tintura vegetal en el centro que decían:

FELICIDADES POR SIEMPRE NOMEOLVIDES

Cuando terminé de hacer el gancho de la "S" de Nomeolvides y puse la última velita en su sitio —dice la madre— me di cuenta de todo. Pensé: ¿Qué hago? ¿Qué hago con esta hija mía, tan alta? Y quise tirar la torta por la ventana y abrir todas las coca colas al mismo tiempo y clavar un cuchillo en la manteca y salir así como estaba, toda empolvada de harina, los pelos parados, de zapatillas, como una loca, quise salir a la calle y gritar: ¿Qué hago? Qué Dios baje y me diga qué hago con una hija así, con mi adorada Nomeolvides de tres metros de alto y diez años recién cumplidos.

¿Qué hago mañana, qué hago en el futuro con esta niña que crece y no para de crecer? Suerte que Abuela me detuvo, me habló despacio, suave, al oído.

Me calmó un poco.

Dejé la torta sobre la mesa y me senté. Apoyé los codos sobre el mantel y la cabeza en los codos. Entonces lloré. Largué el lagrimón, mi amor, no sabés, toda la angustia apretada.

El padre alzó la cabeza.

—Y me llené la cara de mocos y lágrimas. Abuela me trajo un calmante y lo tomé sin mirar. Era Valium, mirá vos, yo que nunca tomo nada. Dormí cuatro horas seguidas, como un tronco, vestida, tirada en la cama, hasta que Abue me despertó despacito.

"¿Estás bien?", me dijo, "¿estás bien?". Al lado de Abue, al pie de la cama, estaba Nomeolvides, radiante, contenta:

—Mirá lo que Abue me regaló —dijo sin poder aguantarse.

El papel del paquete ya estaba roto, ya lo había abierto. Dentro se veía una caja.

La abrió. ¿Sabés qué era? Eran pinturas, mi amor, distintos colores de lápiz de labios, delineadores para los ojos. Abue está loca, pensé, regalarle una cosa así a una niña de diez años. Eso es para una adolescente. Pero después la vi tan alta, tan formada, que me callé la boca. Las niñas de hoy maduran antes. Son más precoces. Y con los labios pintados y un poco, un poquito nomás de sombra en los ojos, Nomeolvides parecía una reina...

El padre se rascó una oreja.

—... una reina —continuó la madre— con su cuerpo gigante. Y al verla así me alegré.

El padre se sirvió agua en un vaso que estaba en la mesa de luz. Se llevó el vaso a la boca. Bebió un trago, dos tragos, tres tragos de agua que bajaron por el esófago hasta el nudo que une ese tubo con el estómago, hasta el píloro.

Tres sorbos y dejó el vaso en la mesa de luz. Y encendió la lámpara.
—Pero ahora estoy triste de nuevo —sollozó la madre— ¿Qué vamos a hacer?
El padre se incorporó en la cama. No respondió. Se sentó. Pensó durante un largo rato.
Mientras tanto, la madre se dio medio vuelta en la cama, acomodó la almohada, repitió dos o tres veces, en voz cada vez más baja
—¿Qué vamos a hacer?— y al poco tiempo se durmió con los labios entreabiertos.
La madre roncaba.
El padre no volvió a pegar un ojo durante el resto de la noche.

V

Suena el despertador. Las siete de la mañana. Mamá ronca. Papá está despierto. Llamen de la oficina:
—Se cayó el sistema.
Malditas computadoras. No sirven para nada.
—Hoy no puedo ir —dice papá—. Es el cumpleaños de mi hija.
—¡Pero se cayó el sistema! Las máquinas están locas, dan cualquier nombre, cualquier número.
—Desconéctenlas
—¿Qué?
—Las computadoras. Desconéctenlas y ya está. El problema se acabó.
—¡Pero no podemos hacer eso!
—¿Por qué?
—Eh... ¡porqué no! Las necesitamos. Los clientes protestan. Tenés que venir...
Papá cuelga.
Suena otra vez:
—Tenés que venir.
Papá cuelga.
La voz suena desesperada, desgarrada, del otro lado del tubo:
—Tenés que venir, por favor.
Papá cuelga.
Suena.
—Te lo ruego.
—Está bien. Voy. Si en media hora la red no se arregla, me vengo... ¡Ah...! y voy sin corbata, y sin saco.
—¿Sin corbata y sin saco?
La voz suena más fina que antes, como un alambre gris de acero, más tensa y aguda.
—Sí. ¿Algún problema?

—¡¡¡Nooo!!! —aclara la voz del alambre—, vení como quieras, pero vení.

—Y quiero un regalo para mi hija, hoy cumple años...

—¿La petisa?

En la oficina de papá le dicen a Nomeolvides "La petisa". En broma, claro.

—Sí, la petisa.

—Hecho, vení.

Papá va en pijama a la oficina. De pantuflas, se puso el sobretodo encima, arriba del pijama. Y encendió las máquinas. Un error en la red. En veinticinco minutos el problema estaba resuelto.

—Sos un fenómeno, viejo. ¡Un fenómeno!

—¿Y el regalo?

—Acá está, en el otro salón.

No sé de dónde lo sacaron a esta hora de la mañana. Tal vez ya lo tuvieran preparado, y lo de la falla en la red fuera un pretexto para entregárselo. Lo cierto es que los muchachos de la oficina de sistemas consiguieron un ratón Mickey de peluche grande como Nomeolvides, más grande, debía medir como tres metros y medio. Perfecto, inocente.

—¿Y dónde lo llevo?

—No hay problema. Ya está arreglado, va en una camioneta de la empresa. ¿Te parece bien?

—No sé qué decir.

—¿Te parece bien?

Papá no sabe qué decir. Ve a Mickey inmenso, tan grande como un mamut, como un elefante postmoderno. Un ratón imposible y piloso, frente a la vida.

—¿Te parece bien?

Sonríe, estúpido, papá dentro del pijama a rayas que adquirió a principios de otoño. Sonríe. Mira el reloj suizo que compró en el *free shop* de un aeropuerto. Sonríe. Vuelve a insistir, sin la más remota noción de qué cosa es la elegancia. Sonríe. Y le preguntan:

—¿Te parece bien?

Papá señala al ratón, la inmensa testa del ratón inclinada sobre su pecho occidental y cristiano. Sonríe:

Papá rebuzna.

—Sí, me parece muy bien —contesta por fin. Y se larga a llorar.

Llora mucho. Llora frente a las computadoras, frente a los microchips, frente a los cables en espiral que conectan los módems con la red y la red con otros módems y centrales lejanas, remotas, invisibles. Se larga a llorar sobre el enredo de los cables, sin pudor, delante de las terminales, los monitores y las estrellas electrónicas. Llora asustado y perdido frente a la niñez de todas las cosas, de todos los objetos que vuelven a nacer de pronto junto a él, como si no los hubiera visto jamás y jamás le hubieran visto ni oído, como si su cuerpo y su recuerdo fueran nuevos, completamente nuevos para el mundo que lo tiene en su centro, a él y a su hija, Nomeolvides, que hoy cumple diez años y tres metros.

Llora por el pelo y la memoria, oscuros los dos. Y por Nomeolvides, hermosa.

VI

El padre llega a la casa y se ducha. Se mira al espejo. Enciende la radio. Se afeita mientras escucha las noticias. Elige una camisa limpia, planchada, a rayas.

"Murió el premio Nobel de literatura", dice la radio. Leen un poema traducido del ruso al sueco, del sueco al inglés y del inglés al español. Elige un pantalón, ninguno en especial, cualquiera. El poema dice algo así como: "pesadas ideas, piedras en el corazón del tiempo".

Termina de vestirse. El poema de la radio continua: "letras de piedra moral, sonidos vivos del viento".

Papá se ajusta el cinturón.

El Premio Nobel que acaba de morir tenía una peculiaridad: era muy alto. Medía dos metros diez. Alto para un escritor, alto para un poeta. Su altura le jugó una mala pasada durante la guerra, en el frente de batalla a donde fue enviado como soldado raso durante la guerra en Chechenia. Era demasiado evidente en la nieve, lo divisaban desde muy lejos. Después de dos meses enteros en el campo de batalla, luego de esquivar varias ráfagas, enterrado hasta las rodillas en un charco de barro, nieve semiderretida y excremento, lo hirieron de un tiro en la frente. La bala atravesó el hueso y se instaló en el lóbulo, justo en la cesura entre los dos hemisferios. Los cirujanos temían extraerla. "Puede haber secuelas", advirtieron. La bala permaneció en el cerebro. El poeta agonizó tres días y tres noches, hasta que lo dieron por muerto. Pero al cuarto día recuperó el conocimiento.

"Despertó con un hambre terrible", contó la radio, "y le dieron pan viejo y almendras. El poeta, en su libro *Luz en la hierba*, recuerda las almendras como una bendición del cielo, las recuerda 'dulces y secretas', como ojos potentes. Recuerda que devoró el pan y las almendras y bebió de un trago la jarra de agua turbia depositada junto a su lecho, encima de un cajón de munición que hacía las veces de mesa de luz".

Dice la radio, en voz alta.

—Papá, ¿qué estás haciendo? —grita desde abajo Nomeolvides.

—Me estoy vistiendo —contesta el padre, y sube el volumen de la radio para saber más acerca del poeta.

"Durante su estadía en el hospital militar —dice la radio— mientras padecía terribles cefaleas e insoportables insomnios, por las noches, bajo la penumbra incierta del velador mortecino, el futuro poeta y gloria de las letras universales, logró escribir su famosa *Oda a Greta* conjunto de poemas de amor que le abriría las puertas de la fama, primero en su país y luego en el extranjero".

—Papá, ¿vas a demorar mucho? —indaga desde abajo, al pie de la escalera, Nomeolvides.

—No. Ya bajo.

Papá se recorta las uñas. Se acomoda el pelo.

"En la *Oda a Greta*", agrega la radio, "se incluye un poema de amor dedicado a la mujer más alta del universo, tan alta como el latido de las estrellas."

—Exagerado —murmura el padre. Y apaga la radio de un golpe.

VII

Simón Díaz, que está enamorado de su compañera de cuarto año, Nomeolvides Pérez, escribe:

*Si quieres un beso,
Nomeolvides
me lo pides.*

—Es espantoso —juzga Virginia Woolf.

Simón escribe:

*Virginia Woolf
de corbata
parece una silla sin patas.*

VIII

Esta es la historia del día en que la niña más alta del mundo, llamada Nomeolvides, alias "Jirafa" Pérez, cumplió diez años. Diez añitos. La tarea no es fácil.

Contar es poner palabras, una a continuación de la otra, todas juntas hasta que la hilera completa, con sus puntos y comas, cobre sentido y forma notorios. Entonces, cuando el rebaño de palabras logra alguna firmeza, cuando el conjunto de todas ellas alcanza cierto sentido, las palabras mismas dejan de existir como tales, mueren en la comunicación, mueren para siempre y un día, mueren para vivir, para decir lo que dicen, para expresar su terror o su dicha. En ese instante, en el momento de magia que va del sonido al silencio y del silencio al sonido, se olvida el lenguaje y sólo existe la altura de Nomeolvides Pérez.

Las cosas se ven distintas, y son distintas en la niñez.

Nomeolvides Pérez debió saber, debió adivinar y sentir que en el centro del cuerpo, desde hacía un tiempo, le había crecido una fruta de sangre y epitelio, una gónada, y en la pulpa de esa fruta la punta del deseo.

Esta es la historia de una niña muy alta y de sus padres, de una niña que alcanzó los tres metros al cumplir diez años y de lo que pasó durante la víspera, la mañana y la tarde de su décimo aniversario, cuando ignoraba casi todo en la vida y todavía custodiaba en su habitación una considerable colección de muñecas *Barbie*.

IX

¿Y qué pasó después?

No se apuren. Imaginen.

Nomeolvides siguió creciendo.